

ras en masa, el extranjero iba á contar sus fuerzas y las nuestras, y se iba á seguir una paz gloriosa.... Solo su admiracion, su amor, su fidelidad tenia que ofrecer el Consejo de Estado al emperador en cambio de todos los beneficios de que colmaba á Francia; pero Napoleon en su bondad se dignaria admitirlos, etc.—

Despues de la muchedumbre sublevada, ultrajando á principes vencidos, nada hay mas triste de ver que estas grandes corporaciones prosternadas á las plantas del poder, admirándole con una admiracion creciente al par de sus faltas, hablándole con calor de su fidelidad, ya próxima á desvanecerse, y jurándole en fin morir por su causa en visperas del dia en que han de ir á felicitar á otro poder por su advenimiento. ¡Dichosos los paises sólidamente constituidos y libres por tanto de espectáculos tan despreciables!

Por célebre es considerada la respuesta de Napoleon. Baja no podia serlo, mas se resentia de tan poco sensata como cuanto acababa de oirse. Conmovido decia que estaba por los sentimientos del Consejo de Estado. Si Francia manifestaba tanto amor á su hijo (asercion singular ante los esfuerzos que se hacian para obligar á aquella Francia á pensar en el heredero presunto) era por el convencimiento del beneficio de la monarquía... Despues añadia Napoleon estas palabras famosas.—A la *ideologia*, á esa metafisica tenebrosa, que, investigando sutilmente las primeras causas, quiere fundar sobre bases la legislacion de los pueblos, á la ideologia hay que atribuir todas las desventuras de Francia.... Ella fué la que trajo el régimen de los hombres de sangre, la que proclamó el

principio de insurreccion como un deber, la que aduló al pueblo, llamándole á una soberanía, que era incapaz de ejercitar, la que destruyó la santidad y el respeto de las leyes, haciéndolas depender no de los sagrados principios de la justicia, sino solo de la voluntad de una asamblea compuesta de hombres ajenos al conocimiento de las leyes civiles, criminales administrativas, políticas y militares.... Cuando uno es llamado á regenerar un Estado, seguia Napoleon añadiendo, conviene seguir principios opuestos del todo.... y que siempre debe tener el Consejo de Estado á la vista.... A ello debe agregar un valor á toda prueba, y estar pronto á perecer á ejemplo de los presidentes Harlay y Molé en defensa del soberano, del trono y las leyes.—

¡Qué espectáculo el de esta cólera contra la filosofía, qué espectáculo dado á la nacion mas inteligente de Europa! ¡Cómo, se habia ido á comprometer locamente el ejército francés en Rusia, con el ejército francés el trono imperial, y lo que era peor, la grandeza de Francia, se habia engañado gravemente sobre la necesidad de esta guerra y sobre los medios de sustentarla, se tornaba vencido, humillado, y la filosofía tenia la culpa! ¿Era tambien la filosofía la que entonces tenia cautivo al infortunado Pio VII en Savona, y cotidianamente sumergia en los calabozos á centenares de sacerdotes? ¡Y un hombre de prodigioso talento osaba decir tales cosas á la faz de Francia y del mundo, y ante sucesos los mas propios á confundirle! ¡Tal es el efecto de las faltas, y sobre todo de las enormes! Aparte de todo el mal que traen consigo, ofrecen el resultado de hacer perder el seso al que

las ha cometido, hasta el extremo de que en la agitacion que dan por producto, aun el genio parece un niño montando en ira. Achaca las faltas á aquellos á quienes menos pueden ser imputadas y que á ménudo sufren mas de resultas.

Pero no era formal nada de esto, sino vano ruido, para cubrir, si era posible, el ruido inmenso de la catástrofe de Rusia; era la inmolation preparada de un magistrado honrado, mas sorprendido que débil, y cuyo sacrificio estaba destinado á distraer la atencion pública de otros acontecimientos mas graves. Con efecto, el Consejo de Estado fué convocado al dia siguiente de estas solemnidades pueriles, y encargado de examinar la conducta de Mr. Frochot. No podia ser dudoso el fallo, pues, fuera de la señal dada de arriba, había que dirigir á Mr. Frochot un cargo merecido, y era el de haberse atemperado tan fácilmente á una órden extraña. Fallando una tras otra las diversas secciones del Consejo de Estado, con fastidiosa monotonía de lenguaje y de ideas, todos declararon á Mr. Frochot convicto, no de traicion, pues se apresuraban á afirmar que era incapaz de ella, sino de falta de presencia de ánimo, y suplicóse á Napoleon que le privara de sus funciones. Sin duda se debía obrar de esta suerte, para escarmiento cuando menos, pues Mr. Frochot estuvo mal inspirado aquel dia; pero el gobierno en cualesquiera otras circunstancias, sin consultar al Consejo de Estado, dictara la destitucion por autoridad propia, no añadiendo la humillacion de un juicio solemne. Esta justicia fuera exenta de crueldad y muy bastante. Napoleon sintió mucho la crueldad esta; pero necesitaba ocupar los ojos de

la muchedumbre, y pintarle con muy resaltantes colores sobre un tosco lienzo á un magistrado débil, para que no viese á un Faraon insensato perdiendo su ejército y su corona en medio de los hielos de Rusia.

Dejemos estas tristes escenas, destinadas por Napoleon á apartar de sí miradas importunas, y sigámosle en otras ocupaciones mas dignas de su genio y mas propias á reparar sus faltas. Necesitaba recomponer su ejército destruido, consolidar su poder trastornado, y en esta ocasion iban sus grandes facultades á hallar un enérgico empleo y á despedir un último y prodigioso brillo. ¿Le salvarian despues de comprometerle por su mismo exceso? Era poco probable, si bien posible, con tal de que una inconsecuencia venturosa llegara á detenerle al mismo borde del abismo. Esta debía ser la última fase de su existencia, y sin duda una de las mas extraordinarias.

Mientras parecia ocupado en las cosas de que acabamos de dar noticia, realmente se ocupaba sin tregua en un trabajo mas noble, y nunca se habia mostrado administrador mas inteligente, mas creador y sobre todo mas activo. Por grande que hubiera juzgado el daño, no habia descubierto mas que parte al abandonar al ejército en Smorgoni. Muchos soldados y oficiales, muchos hombres y material creia haber perdido; pero á todas estas pérdidas hallaba remedio. De cinco batallones de guerra por regimiento, suponía que, verificada la reunion del ejército, se podrian formar tres, y que bastaria enviar á Francia dos de los cinco cuadros para llenarlos con conscriptos ya sorteados. Suponia que, si habia perdido casi toda su caballe-

ría, le debían quedar á pie veinte y cinco ó treinta mil ginetes probados que seria fácil montar comprando caballos en Polonia, en Alemania, en Francia, lo cual habia ya mandado, y que despues suministrarían los depósitos con qué completar en ginetes instruidos esta caballería remontada. Sabia que de su artillería habia perdido muchos hombres, y sobre todo su material casi por completo; pero sabia tambien que, perfectamente provistos los arsenales de Francia, podían lanzar por todos los caminos del Rhin y del Vistula mil cañones sobre cureñas nuevas. Francia proporcionaría con qué llevarlos, gracias á los excelentes caballos de tiro de que tenia tan grande abundancia. De esta suerte, si Napoleon habia padecido por efecto de su política desordenada, tambien recogia el fruto de su rara prevision en muchas cosas, porque, justa respecto de cada cual la Providencia, le paga siempre con el resultado. Antes de marchar sobre Moscou habia prescripto el sorteo de la conscripcion de 1813, y connotable exactitud ingresaban los reclutas en los cuadros por octubre, y se llenaban los depósitos con ciento cuarenta mil hombres que ya tenían de instruccion tres meses, y estaban en aptitud de llenar los cuadros que entrarán en Francia. De un año atrás habia formado Napoleon cien cohortes de guardias nacionales, que, sacados en virtud de la institucion que abrazaba á todos los ciudadanos útiles, de las clases mas vigorosas de la poblacion, presentaban cien hermosos batallones de hombres hechos y ya disciplinados. Verdad es que su institucion no les obligaba á servir fuera de las fronteras. Pero, haciendo solicitar el honor de reunirse al grande

ejército á algunos de estos batallones, sancionando este deseo con una resolucion del Senado, iba á añadirle cien mil hombres de veinte y dos á veinte y siete años, dotados de una fuerza fisica de qué carecian los individuos suministrados por el sorteo. Ya habia doscientos cuarenta mil hombres preparados del todo, y que podían encaminarse al Rhin dentro de un mes, dentro de dos al Oder, y dentro de tres al Vistula. Si, poniéndose en lo peor (como Napoleon creia hacerlo ahora), le quedaban ciento cincuenta mil franceses y cincuenta mil aliados de los seiscientos mil hombres del grande ejército, iba á tener aun cuatrocientos cincuenta mil en linea, y quinientos mil contados los contingentes debidos por los aliados, fuerza muy suficiente para abrumar á los rusos, casi tan maltratados como nosotros por el invierno y menos en estado de reparar sus pérdidas. Mientras pasaban los tres meses que exigían tales aprestos, gracias á la prevision de Napoleon igualmente, en los mismos lugares habia preparados recursos abundantes y capaces ahora de detener junto al Niemen al enemigo. Segun dijimos en lugar oportuno, al marchar de Esmolensko á Moscou, tuvo cuidado de hacer ir de Verona un hermoso cuerpo de quince ó diez y ocho mil hombres, sacados de los antiguos regimientos del ejército de Italia, y que antes de la mala estacion habian cruzado los Alpes. Este ejército se hallaba en Berlin á las órdenes del general Grenier, y perfectamente compuesto de todas armas. Además, Napoleon habia formado á las órdenes del mariscal Augereau otro cuerpo, el 11.º, encargado de custodiar la linea del Elba. De este cuerpo fué enviada la division de Durutte al ge-

neral Reynier sobre el Bug, y la mitad habia perecido: otra, á las órdenes del general Loison, fué enviada al encuentro del grande ejército á Wilna, y subsistia toda entera cuando Napoleon salió de Smorgoni. Dos mas quedaban intactas, la del general Heudelet y la de Lagrange, ya llegadas á Danzick. Juntas unas y otras á las fuerzas procedentes de Italia, presentaban por lo menos un total de cuarenta y cinco mil hombres enteramente frescos, y sobre los cuales se podia apoyar el ejército en retirada. Cuando Napoleon dejó á Smorgoni, contaba la Guardia todavia siete ú ocho mil hombres, no estaba destruido el cuerpo de Victor, ni comprometida la division de Loison, y volvian de Moscou unos cuarenta mil hombres, cuyo número se debia aumentar cotidianamente con la reunion de los soldados desbandados. Además, se hallaba el cuerpo de Macdonald á la izquierda, fuerte con siete ú ocho mil polacos y quince mil prusianos, todos los cuales habian servido bien y padecido poco: á la izquierda y á las órdenes del general Reynier se encontraban quince mil sajones y franceses, y á las de Schwarzenberg veinte y cinco mil austriacos, cuyos servicios tambien habian sido buenos, á pesar de la timidez de sus gefes. Finalmente, existia el cuerpo de Poniatowski, enviado muy temprano á rehacerse á sus cantones, y Mr. de Bassano, encargado á su regreso de Wilna de pasar á Varsovia y despues á Berlin, aseguraba que Polonia se iba á levantar en masa; que Prusia juraba permanecer fiel y hasta se inclinaba á aumentar su contingente, mediante algunos subsidios en dinero; que el príncipe de Schwarzenberg escribia cartas propias de un militar lleno de ho-

nor, y que tanto éste como todos los austriacos que habia visto, al formar votos porque la paz se hiciera en breve, ofrecian perfecta fidelidad á la alianza. Suponiendo, pues, que no retornasen á Wilna mas que cuarenta mil hombres de los que habian penetrado en el seno de Rusia, agregándoles los cuarenta y cinco mil hombres frescos, que á las órdenes de Augereau y Grenier guardaban el Elba, los veinte mil que á las de Macdonald tornaban de Riga, los cuarenta mil que á las de Reynier y Schwarzenberg regresaban de las inmediaciones de Minsk, se podia lisongear de reunir ciento cincuenta mil hombres por lo menos, que ascenderian á doscientos mil pronto por virtud del ingreso sucesivo de los rezagados y de oponerlos ventajosamente á los rusos, que de positivo no habian salvado mas de ciento cincuenta mil hombres de los rigores del invierno. Añadiendo á estos doscientos mil los doscientos cuarenta mil que debian ir de los depósitos del Rhin á la vuelta de dos ó tres meses, y además los nuevos contingentes, que á vista del peligro no dejaria de aprontar Francia, se fundaba Napoleon al creer que retendria á los prusianos y á los austriacos en su alianza; que arrollaria á los rusos mas allá del Niemen; que llegaria á recuperar la paz continental sin sacrificios hartos grandes, y á completarla con la paz marítima acaso.

Estas esperanzas sostuvieron durante los primeros dias el ardimiento de Napoleon en el trabajo. Pero este era el cuadro de las cosas tal como al separarse de su ejército podia trazarlo. Por desgracia todo habia cambiado militar y políticamente del 5 de diciembre á principios de enero en el

Norte. Con efecto, por tan rápida pendiente había precipitado Napoleon su fortuna, que cada vez que fijaba los ojos, la hallaba espantosamente descendida hácia el abismo.

Segun hemos expuesto anteriormente, desde su partida había caído el ejército en una disolución horrorosa. Desaparecido había toda disciplina por consecuencia del frío llegado á una intensidad extraordinaria, y por falta de autoridad que inspirase respeto: entregado cada cual á su desesperación personal, se escapó como pudo, y aquel puñado de hombres, ya muy reducido al forzar el paso del Berezina, dispersóse por completo. El cuerpo del mariscal Victor, que aun tenía siete ú ocho mil combatientes el día de su heroica defensa de los puentes, se deshizo durante dos días en que tuvo á su cargo el servicio de la retaguardia. La division de Loison, compuesta de diez mil hombres, jóvenes sin duda, pero bien organizados, se descompuso del todo por dejar á Wilna y querer ir al encuentro del grande ejército. Del frío murieron la mitad de ellos, y los demás se despararon de modo que apenas quedaban dos mil hombres en las filas. Lo propio había acontecido á los destacamentos que formaban la guarnición de Wilna. De la suerte comun participaron los cuatro ó cinco mil bávaros del general de Wrede, que se mantuvieron á la izquierda de Wilna, despues de la evacuación de Polotsk. Habiendo permanecido en las cercanías de Minsk los sajones de Reynier y los austriacos de Schwarzenberg por falta de órdenes expresas, Wilna quedó al descubierto, fué necesario evacuarla desordenadamente, sin tener siquiera tiempo de tomar el vestuario y los víveres

almacenados en esta ciudad con abundancia. No siendo Murat obedecido, ni capaz de mando, escapóse de Wilna á media noche, y se perdió el tesoro del ejército á la falda de la montaña que á la salida de esta ciudad se encuentra. Juntando un mariscal algunos oficiales y unos mil soldados en Kowno, ordenó á Ney y á Gerard disputar el Niemen un instante; pero estos dos hombres heroicos se vieron obligados á refugiarse en Koenigsberg, despues de quedar casi solos.

Tales eran los hechos acontecidos tras la partida de Napoleon y de que ya hemos dado cuenta, hechos desastrosos, debidos á las distancias, al frío, á la miseria, á la destruccion de toda autoridad, y sobre todo á aquella dispersion contagiosa, que, habiendo empezado por los ginetes desmontados, por los infantes sin fusiles, aumentóse sin cesar todos los días, y acabó por cierta especie de enfermedad pestilencial, de la cual todo cuerpo enviado en socorro del grande ejército, era atacada al punto, y parecia sin manera de salvarse.

En Koenigsberg nos aguardaban otras desdichas. Los moradores de esta ciudad, á semejanza de todos los de Prusia, alimentaban en contra nuestra un violento odio, de que no se atrevían á hacer alarde, por no haber aun cesado de temernos. No pudieron disimular su satisfacción al ver llegar nuestras tristes reliquias: sin embargo, supusieron que estas no eran mas que precursoras del cuerpo del grande ejército debilitado, si bien todavía subsistente; pero, viendo aparecer á Murat casi solo, á la Guardia no mas que con algunos centenares de hombres, y casi á nadie de los ex-

traviados sin ventura, perseguidos sobre el hielo del Niemen por los cosacos, no pudieron reprimir su alegría ni su arrogancia. En los lugares apartados despojaban los campesinos á los soldados franceses que habian conservado algun dinero y lo ofrecian por pan, y á veces los degollaban implacables. De seguro se insurreccionaran dentro de la misma Koenigsberg los vecinos, sino los contuviera una de las divisiones de Augereau, la de Heudelet, que afortunadamente no habia pasado de la Vieja Prusia. De siete ú ocho mil hombres se componia, muy capaces de hacerse respetar aunque mozos. Era la primera fuerza organizada que se habia encontrado desde Wilna. No habiendo salido como la del general Loison para ir al encuentro del grande ejército, ni habia perecido, ni experimentado padecimientos. Esta fuerza protegía á los doce mil enfermos ó heridos casi moribundos, que llenaban los hospitales, y á la muchedumbre de generales y de oficiales, que habian venido á morir á Koenigsberg de la fiebre de congelacion, como los generales Lariboisière y Eblé. No atreviéndose los habitantes de esta ciudad á lanzarse todavía sobre nosotros, se prometian hacerlo á la primera aproximacion de los rusos, y entretanto arrancaban á nuestros soldados infelices lo que les quedaba en dinero, por suministrarles comestibles ó vestidos de cualquiera clase. Con todo, entre estos habitantes de la Vieja Prusia hallábanse algunos muy humanos, que, á pesar de su sincero patriotismo, respetaban en nosotros el valor desafortunado, y aliviaban los males de sus opresores.—No miramos de mal ojo á vosotros los franceses, decian, sino á vuestro emperador, que os ha sacrifi-

cado, y que hace quince años oprime á todos, lo mismo á vosotros que á nosotros.

Muy luego agregóse á nuestros reveses un acontecimiento de suma importancia. Teniendo el mariscal Macdonald consigo la division polaca de Grandjean, compuesta de siete ú ocho mil hombres, soldados excelentes y fieles, seguido á alguna distancia por el cuerpo auxiliar prusiano, aguardó largo tiempo en Riga órdenes de retirada que no le habian llegado, ni mas ni menos que el principe de Schwarzenberg aguardó vanamente en Minsk las que debieran llevarle á Wilna. Viendo al cabo á los rusos avanzar por todas partes, señal cierta de nuestra retirada, se puso en marcha espontáneamente el mariscal Macdonald para aproximarse á Tilsit. Detrás se retiraban lentamente los prusianos, mandados por el respetable general Grawert, no mas que en la forma, y realmente por el general de York, oficial lleno de capacidad, de orgullo, de ambicion y de odio en nuestra contra. Les quiso hacer el mariscal Macdonald que acelerasen el paso, á fin de librarse del enemigo que les estrechaba mucho; pero ya bajo un pretexto, ya bajo otro, se negaron á obedecerle, hasta el punto de inspirarle desconfianza, y con harta razon, segun va á verse.

Despues del paso del Berezina continuaron los rusos su movimiento. Con el ejército del Dwina trasladóse Wittgenstein á Koenigsberg, para probar á cortar al cuerpo de Macdonald, mientras Tchitchakoff con el ejército de Moldavia perseguía nuestros restos sobre Kowno, y Kutusof daba descanso al ejército principal en Wilna. Tanto como nosotros habian sufrido los rusos por efecto del

frio, aunque muy poco de resultas de la miseria, y sostenidos por la alegría que les causaban nuestras desventuras, por la esperanza de nuestra destruccion completa, retenidos en las filas merced á las distribuciones regulares, llegaban muy disminuidos en número, si bien compactos y llenos de ardimiento. Su masa total ascendia á cien mil hombres á lo sumo, en vez de los trescientos mil que tenian al principio de la campaña. Al recibir el emperador Alejandro la noticia de nuestros desastres, corrió á Wilna, colmó al mariscal Kutusof de merecidos galardones, pues su reconocida cordura triunfaba al cabo de las contradicciones todas, y tomó personalmente la direccion de los sucesos que iban á ser politicos, no menos que militares. Efectivamente, sabiendo Alejandro, por conjeturas fáciles de formar, y por algunas comunicaciones indirectas de Prusia y aun de Austria, que su mas vivo anhelo consistia en emanciparse de una alianza contraida mal de su grado, no dudaba de que, conduciéndose de una manera conveniente, lograria desprender de Francia, ya que no al Austria, por lo menos á Prusia: Asi con la delicadeza de talento y la dulzura de carácter que le eran propios, adoptó al punto el lenguaje mas adecuado á las circunstancias. Por tanto dijo que no venia á hacer conquistas sobre Alemania, ni aun sobre Polonia, sino á tender la mano á los alemanes oprimidos, á pueblos y á reyes, á hombres del estado llano y nobles, á prusianos y austriacos, á bávaros y sajones, á ayudar á todos, quienes quiera que fuesen, á sacudir un yugo odioso, y, terminada esta obra, á restituir á cada cual lo que fuera suyo, no tomando para sí mas que lo que injusta-

mente se le habia arrebatado. A tenor de esto divulgóse por todas partes en su nombre que, si los prusianos querian recuperar su parte de Polonia, se hallaba pronto á restituirla, y no la guardaria mas que ínterin fueran ellos mismos á entrar en posesion de lo que habia sido suyo. En Wilna, donde estaba en su casa, promulgó una amnistia general respecto de todos los actos cometidos contra la autoridad rusa, y aun hizo propalar que si, los polacos querian recuperar una patria, estaba enteramente dispuesto á otorgarlo, constituyendo aparte el reino de Polonia, del cual seria rey clemente, civilizador y liberal. Sobrado talento poseia Alejandro para comprender por sí solo la habilidad de política semejante, sobrada benevolencia natural para complacerse en ella, y además, si necesitara de ayuda, se la persuadiran idéntica los alemanes que habian corrido á su lado. El ministro prusiano Stein, refugiado en su córte, el célebre escritor Kotzebue, y otros muchos alemanes, hombres de letras ó de armas, usaban del lenguaje mas liberal y asediaban á Alejandro con sus instancias para que proclamase la independenciam de Alemania, y sobre todo para que marchara atrevidamente hácia adelante, para que, sin contar los franceses aun armados, se trasladase rápidamente á las márgenes del Vístula, y del Oder, porque, segun su dicho, cada porcion de territorio libertada de los franceses, le valdria al punto aliados ardorosos y entusiastas. Solo se oponian á esta política el viejo Kutusof, cuya circunspeccion justificada por el éxito se habia hecho excesiva, y algunos rusos, fijos en consideraciones puramente militares, y que atentos al agotamiento de sus tropas,

temerosos de que se llegasen á disolver como las francesas, clamaban porque se hiciera alto, porque se dejara á los alemanes emanciparse como les fuera posible, porque se tratase con Francia, pudiéndolo hacer á la sazón de una manera ventajosa, y porque no se prolongase inútilmente una guerra que, feliz en lo interior de Rusia, sería peligrosísima fuera, sobre todo contra un caudillo como Napoleón; y realmente bajo el aspecto de la prudencia, era fundadísimo este lenguaje. Pero la imaginación de Alejandro se había inflamado de pronto. Honradamente ultrajado por los desdenes de Napoleón, envanecido hasta el delirio con el papel de vencedor suyo, aspiraba á otro aun más grande, el de su destructor y libertador de la oprimida Europa. Se decía que tratar con Napoleón, aun de igual á igual, era posible entonces sin duda; pero que si, dejaba pasar la ocasión de destruirle, se vería bien pronto en su persona al poderoso dominador de otros tiempos, y nuevamente habría que poner manos á la obra. Al revés, prosiguiendo los triunfos alcanzados, atrayéndose á los gobiernos y á los pueblos indignados del yugo que tenían encima, yendo más lejos todavía, haciendo un llamamiento directo á la misma Francia, cansada de su soberano, declarando que no se pensaba en disputarla su legítima grandeza, se podía conseguir que Napoleón desapareciese de la escena, y que Alejandro fuera á su turno el rey de reyes, el libertador de la Europa. Esta ambición, ayudada por el resentimiento, había invadido el corazón de Alejandro, y estaba resuelto á no pararse. De consiguiente autorizó al ministro Stein y á sus compatriotas para ir á las provincias prusianas reconquistadas y

ofrecer la próxima emancipación de Alemania. Rodeado el general Diebitch, jefe de estado mayor de Wittgenstein, de oficiales alemanes, entre los cuales figuraba el general Clausewitz, acosado por sus instancias, sin necesitarlo, pues pensaba lo mismo que ellos, seguía al mariscal Macdonald paso á paso, con la esperanza de arrebatarse el cuerpo prusiano. Al mariscal Macdonald detestaba el general de York, en primer lugar como á jefe, pues se mostraba celoso y siempre descontento, y en segundo como á francés, pues abrigaba en el corazón todos los sentimientos de sus compatriotas: Continuos altercados tenía con el estado mayor del mariscal, sin cesar se quejaba de que era mal alimentado su cuerpo, de que no se le concedía la parte correspondiente de condecoraciones y dotaciones francesas, y este enojo, infundado de todo punto, aumentó sobremanera su aversión patriótica en nuestra contra. Avisado el general Diebitch por sus agentes secretos, fomentó estos sentimientos, y después de sobrevenir la catástrofe, acabó por proponer al general de York que se pasara á los rusos bajo el velo de una capitulación exigida por las circunstancias. Bastaba que este general prusiano marchase despacio, y se dejara separar del mariscal Macdonald, y rodear luego, para que apareciera que se rendía á pesar suyo. No se desarmaría á su cuerpo, se le declararía neutral, y serviría de núcleo al futuro ejército prusiano, encargado de coadyuvar con los rusos á la libertad de Alemania. Buen patriota el general de York, bien que pensando en sí propio, deliberó largo tiempo, temeroso de comprometerse con su corte, le transmitió secretamente las comunicacio-



nes recibidas, colocóla así en grande apuro, no tuvo mas que la callada por respuesta, vaciló todavía, pero alzó el paso, dejó que se le rodease, é impelido finalmente por el general Clausewitz, que le fué enviado, abrazó su partido, y el 30 de diciembre, cediendo, según su aserto, á circunstancias militares imperiosas, firmó un convenio de neutralidad relativamente á su cuerpo de tropas, á reserva no obstante de la ratificación de su monarca. Fácil de adivinar era el sentido de este convenio de neutralidad, pues se reducía á la incorporación lisa y llana del cuerpo prusiano al ejército ruso á la vuelta de algunos dias. Mas de cerca habia seguido un destacamento de este mismo cuerpo al mariscal Macdonald, y llegó hasta Tilsit, teniéndole el general Massenbach bajo su mando. Este, al saber la celebración del convenio, juntó á sus oficiales, y hallólos entusiastas por el acto del general de York y unánimes en el anhelo de imitarle. Durante la noche salió de Tilsit sin decir palabra, escribió al mariscal Macdonald una carta respetuosa, donde á pesar de todo resaltaban bajo vano disimulo cuantas pasiones habian arrastrado al general de York, y fué á unirse á este. Abrazáronse en el cuerpo prusiano unos á otros, prorumpieron en gritos de entusiasmo, llamáronse libertadores de Alemania, y es la verdad que iban á contribuir grandemente á tal empresa.

Al escribir tan tristes relaciones, francés como soy, y francés, me atrevo á decirlo, profundamente apasionado por la grandeza de mi país, declaro que, en nombre de los mismos sentimientos que abriga mi alma, no puedo expresar ninguna censura contra aquellos patriotas alemanes, que, sir-

viendo mal de su grado á una causa que conocian no ser la suya, se tornaban á la causa que creian ser la de su patria, y que desgraciadamente habia venido á serlo por culpa del gefe colocado entonces á nuestra cabeza. Forzoso es añadir que pudieran apoderarse del mariscal Macdonald sin trabajo, y que respetándole igualmente que á sus soldados como á recientes compañeros de armas, se separaron sin llevar nada á remate que agravara su posición.

Al caer el rayo sobre materias combustibles hacinadas con imprudencia, no obra mas velozmente que obró la defección del general de York en toda Alemania. Al instante voló la noticia de boca en boca. Desde el Vistula al Rhin fué saludado el general de York con el título de salvador de Alemania. A su lado corrieron el baron de Stein y sus colaboradores, le rodearon, le colmaron de parabienes, declararon que se le pondria al frente de todas las porciones del ejército prusiano que se pudieran ir atrayendo, le impulsaron á marchar sobre Tilsit, despues sobre Koenigsberg, á reunir allí todos los estados de la Vieja Prusia, á proclamar la independencia de su patria, á declarar al rey privado de su libertad por los franceses, de cuyas resultas no debia ser obedecido, á imitar en fin la conducta de los *insurgentes* de Cádiz, que obraban á favor del monarca, sin el monarca y á pesar del monarca. Juzgando el general de York haber hecho lo bastante, no quiso ir tan de prisa. Pero escoltado y circuido por los rusos, consintió en ir á Koenigsberg y en aguardar allí las órdenes de la corte de Prusia. Allí debia encontrar, no las órdenes de su rey, sino las de su país, alzado en masa